

Proemio a la luz de un candil en La Habana Vieja

Este libro ha sido escrito por amor a Cuba y es la constancia que dos amigos de Rusia nos legan sobre su estadía entre nosotros, los cubanos del siglo XXI.

Tienen sus autores una insaciable curiosidad por la naturaleza, idiosincrasia y costumbres de quienes nacimos en esta isla. Y tras indagar los precedentes de aquellos compatriotas suyos que también pisaron nuestro territorio insular, han tenido a bien escribir las páginas que siguen, como incitación a seguir en contacto.

Es por ello que este texto funciona como un pequeño puente que, aunque pequeño, aspira a unir a dos pueblos, dos culturas, dos épocas... Pudiera parecer este un empeño demasiado pretencioso, pero a su favor cuentan los autores con la certeza de la vivencia y, lo que es más importante, con la legitimidad de su propósito.

Alexánder N. Moiséev fue el último corresponsal de *Pravda* en La Habana, de donde tuvo que partir obligatoriamente en diciembre de 1991. Esta experiencia le concede un estatus especial: vivió en las mismas circunstancias difíciles —por no decir extremas— que la inmensa mayoría de los cubanos en aquel momento.

En las interminables noches de apagón —me ha contado— se sentía como un fantasma vagando por el apartamento que ocupaba en el piso 14 de un edificio del Vedado. No tenía planta eléctrica ni medios para comprarla. Subía y bajaba varias veces al día por la escalera, como Sísifo cumpliendo su condena, porque no funcionaban los elevadores. “Eso, sí, estaba mucho más delgado”, comenta siempre con una sonrisa.

Pero mucho más sombrío era, por supuesto, aquel sentimiento de incertidumbre que le embargaba ante la inminente descomposición de su país natal, entonces Unión de República Socialistas Soviéticas (URSS): “¿Qué sucedía allá, a casi de diez mil kilómetros de distancia?”, se preguntaba en agosto de 1991.

Aunque fuera a la luz de un quinqué, Alexánder no dejaba de leer, leer, leer... porque la lectura, como bibliófilo que es, constituía uno de sus pocos alicientes (de hecho, ha publicado recientemente unos apuntes con el título *En pos de los libros*).

Con frecuencia, asomado al balcón, aprovechaba la fabulosa vista del horizonte para relajarse, sobre todo a la caída de la tarde, cuando el sol comienza a perderse por el oeste, soltando llamaradas detrás del torreón de la Chorrera.

Ya en Rusia, cuando ni siquiera pensaba remotamente en que volvería a la Isla, solía recordar aquel ocaso habanero. Y aunque quisiera renegar de su temperamento romántico, Moiséev debe aceptar que su amor por La Habana debe mucho a esos

atardeceres que Esteban Chartrand representó magistralmente en sus cuadros de paisajes.

Desde que estudiaba periodismo en el Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú, Alexander comenzó a dedicarse a la cuestión cubana, hace ya casi treinta años. Quiso la vida que, inesperadamente, pudiera regresar a nuestro país en el 2006, esta vez como diplomático. Entonces vino con su esposa: Olga V. Egórova, también autora de este libro. Doctora en Ciencias por la prestigiosa Escuela Técnica Superior Bauman de Moscú, ella es toda una autoridad en teoría de las máquinas y, desde hacía tiempo, venía siguiendo la pista al padre de la ingeniería moderna en España y Rusia: Avgústín Avgústínovich de Betancourt.

Resulta ineludible mencionar aquí a ese ingeniero de origen canario, que hizo carrera en París y terminó sirviendo al zar Alejandro I en San Petersburgo, donde murió en 1824 —de ahí la versión rusificada de su nombre y el añadido del patronímico—. Y es que Betancourt fue el autor de la primera máquina de vapor introducida en Cuba con el fin de emplearla en un ingenio azucarero.

Sabemos de esta novedad historiográfica gracias a Olga, quien, por la demostración de ese hallazgo, obtuvo muy merecidamente su segundo doctorado: el de Ciencias Históricas, por la Universidad de La Habana.

Que esta pareja se dedique a estudiar *in situ* la historia y cultura cubanas, cada uno desde perspectivas disímiles, dota a estos amigos rusos de un conocimiento fecundo sobre los hechos de esta isla. Pero me consta que, al emitir su opinión sobre la realidad circundante, suelen hacerlo con respeto y amplitud de matices. Ellos prefieren subrayar los puntos de encuentro entre nuestros dos países sobre la base de que, solo así, puede cultivarse una verdadera amistad, no exenta de discordancias y juicios críticos.

Coincidimos en que —quíerose o no— nuestras naciones se unieron en la historia durante la segunda mitad del siglo XX y, aunque geográficamente alejadas, terminaron compartiendo sus destinos a pesar de las enormes diferencias culturales que nos separan.

“Mi propia casa en Moscú con el paso del tiempo se ha venido convirtiendo en una vasta biblioteca sobre el tema de la historia de las relaciones entre nuestros países”, asevera Moiséev en el capítulo titulado “El inolvidable período soviético”.

Sin embargo, no es la intención de los autores hacer una apología de aquella etapa. Todo lo contrario. El mismo derrotero de sus vidas se los impediría. Su curiosidad es meramente humanística: ¿cuál es el saldo afectivo de las relaciones con el mundo

soviético en el imaginario de los cubanos, ahora que han pasado tantos años desde la desaparición de la URSS?

“Fue muy complejo interiorizar “la inolvidable presencia soviética” en Cuba. Complejo por la gran carga ideológica. Pero si se logra hacer abstracción de la ideología, quedará como resultado un gran saldo positivo que se recuerda todavía en Cuba con cariño”.

A esa conclusión llegan Olga y Alexánder, tal vez porque este es su deseo *a priori*, o porque, como enamorados verdaderos de nuestro país, son capaces de afrontar cualquier maledicencia o juicio despechado sobre la naturaleza amistosa de aquellas relaciones a nivel del hombre común.

Es por eso que este libro, reitero, es un pequeño puente. Y, sobre todo, para los cubanos que visitaron o estudiamos en Rusia depara un buen provecho. Al reunir en forma amena y didáctica numerosos testimonios de rusos que pasaron por La Habana a lo largo de los siglos, revela aspectos desconocidos, poco divulgados o que, retomados ahora sin un sesgo ideológico a ultranza, cobran un interés eminentemente antropológico y cultural.

¿Cuándo se supo por primera vez de Cuba en Moscovia, como se llamaba al estado ruso que existió desde el siglo XIV al XVI? ¿Quién fue el primer ciudadano del imperio de todas las Rusias que vivió en La Habana? ¿Cómo era visto el archipiélago cubano, tan lejano y tan pequeño en comparación con esa gran nación eslava?

La primera referencia que se conoce en Rusia sobre el Nuevo Mundo —y acerca de Cuba, específicamente— aparece en un texto escrito por Máximo el Griego (1470-1556), quien fue invitado por el príncipe Basilio III a Moscovia para ayudar a traducir los libros sagrados al ruso.

Acusado de hereje, hacia 1530 ese monje ortodoxo fue reducido a cautiverio en un monasterio cerca del río Volga y, mientras cumplía castigo, escribió profusamente sobre disímiles temas, incluidos los viajes de descubrimiento. Así, explica que habiendo cruzado el océano:

[...] los españoles y portugueses de hoy, tomando todas las medidas de precaución, recientemente, hace 40 o 50 años, comenzaron a navegar en grandes naves y descubrieron muchísimas islas, algunas de las cuales estaban habitadas por gente, y otras deshabitadas; además, descubrieron una tierra de dimensiones tan grandes, llamada Cuba, que ni siquiera sus habitantes saben dónde termina [...]¹

Por haberlo creído así el propio Cristóbal Colón, el autor sugiere que Cuba es un continente, aun cuando su condición insular ya había sido constatada desde 1508 por Sebastián de Ocampo. Y es entendible porque aquella noticia sobre el hallazgo colombino solo pudo conocerlas Máximo durante su estancia en Roma, donde cursó estudios teológicos hasta 1507, precisamente hasta un año antes de efectuarse el bojeo a Cuba. Regresó entonces a Atenas para hacerse monje y, en lo adelante, se consagró a estudiar los textos sagrados, alejado de toda experiencia mundana.

Los primeros indicios sobre el primer ruso que vivió en La Habana pertenecen al siglo XVIII. Esto se explica porque no es hasta el inicio de esa centuria —entre 1696 y 1725— que Rusia emprendería un proceso de occidentalización y expansión territorial bajo la guía de Pedro el Grande, “abriéndose una ventana a Europa”, al decir de su gran poeta Alexándér Pushkin.

Puede conjeturarse que, al tener Francia como destino habitual, los rusos cultivados transitaran luego a España y allí, se interesaran por las colonias de ultramar, un interés que no solo era cultural —turístico, diríamos hoy—, sino económico y comercial, en tanto esas posesiones eran valoradas como un destino ventajoso para el desempeño profesional.

Ese es el caso de Fiódor Karzhavin, médico de carrera, quien vivió dos años en la capital cubana, de 1782 a 1784. Hijo de un comerciante de San Petersburgo, escribió en sus memorias que “cuando vivía en La Habana [...] prestaba servicio a los pueblos francés y español con las traducciones de química y los conocimientos médicos”.² Además de describir la flora y fauna cubanas, sobresale el hecho de que en sus escritos —publicados en la prensa rusa— se pronunciara contra el trato inhumano a los negros esclavos tanto en Cuba como en Santo Domingo. Sin dudas, era un hombre muy progresista para su época.

Karzhavin no solo es considerado el primer ruso que pisó tierra cubana, sino que —afirman— fue aceptado por el gobierno español en la Isla como representante de las Trece Colonias británicas sublevadas contra el Reino Unido, al cual España y Francia declararon la guerra en apoyo de la independencia de aquellas (1775-1783).

Aquí comienza a cumplir un papel crucial el hecho de que, una vez constituido Estados Unidos de Norteamérica como nación, en lo adelante las autoridades españolas permitieron el libre comercio de Cuba con ese nuevo país independiente. Rusia, por su parte, intensificaba cada vez más sus relaciones comerciales con esta parte del mundo.

Ello condujo a que en los puertos de La Habana y Matanzas recalaran buques provenientes de la ciudad portuaria de Kronstadt, situada en la isla de Kotlin, en el golfo de Finlandia, cerca de 30 kilómetros al oeste de San Petersburgo. Productos cubanos como el azúcar y el café eran trasegados de vuelta en grandes cantidades, según informes publicados en 1834 por el cónsul de Rusia en La Habana. Dicho consulado fue abierto en 1818, y existen referencias acerca de la llegada de un barco ruso a la Isla en 1833, y de dos en 1834.

Por entonces proliferaron también las expediciones científicas. Y he aquí un viajero que no puede obviarse: el literato, poeta y traductor Alexandr Gavrílovich Rótchev (1807-1873), quien fuera el último administrador de Fort Ross, establecimiento que los rusos fundaron pacíficamente en la región norte de la Alta California con el objetivo de abastecer con productos agrícolas a sus posesiones en Alaska.

Las descripciones habaneras de Rótchev, quien efectuó un largo periplo por varios países en la década de 1850, no tienen nada que envidiarles a las del sabio alemán Alejandro de Humboldt, la sueca Fredrika Brémer o el norteamericano Samuel Hazard. Basta leer este texto suyo dedicado a la “volanta” para que sintamos el deseo de comparar sus memorias con las de estos reconocidos viajeros. Dice el ruso:

La volanta corta el viento como si fuera una ligera nao. Para salir fuera de la ciudad se apareja otro caballo más. La volanta en La Habana es lo mismo que la góndola en Venecia o Constantinopla. Si ese carruaje original y tranquilo se sustituyera por alguna innovación europea, La Habana se privaría de su colorido local. ¿Y en dónde se podría entregar más cómodamente al *far niente* italiano o al sosiego turco más que en una volanta? Y lo asombroso es el hecho de que con ese cómodo medio de locomoción, las señoritas habaneras no tocan casi nunca las calzadas de La Habana con sus finos piecitos.³

Ahora que los estudios sobre la vida cotidiana gozan de un creciente interés etnográfico por ayudar a comprender las costumbres y maneras privadas de una sociedad, sería muy útil conocer de primera mano aquellos testimonios, y retomarlos en su esencia más prístina, como “mirada del Otro”. Porque, si bien pudieran tener rasgos comunes, la “mirada del Ruso” tuvo que ser diferente a las de los europeos occidentales, franceses o ingleses, para los cuales Cuba se asociaba con algo conocido: lo español.

El ruso del siglo XIX debió mirar a Hispanoamérica —y a nuestra Isla, en particular— más fruitivamente, más candorosamente, como quien asiste al descubrimiento de lo exótico; de ahí sus curiosas apreciaciones en materia del clima y la naturaleza.

No importa que, durante esa centuria, la cultura letrada rusa se encontrara fuertemente europeizada —afrancesada, incluso— con notoria influencia de las ideas de la Ilustración y, posteriormente, con un fuerte sustrato romántico. Aunque su intelectualidad reflexionara sobre la pertenencia —o no pertenencia— de Rusia a la civilización europea, el viajero que llegaba a esta Isla olvidaba esa controversia para disfrutar de algo distinto —y, a la vez, extrañamente familiar— que despertaba todos sus sentidos. Como si en tierra cubana el ruso se encontrara a sí mismo. Es lo que, al parecer, sintió Rótchev cuando confiesa en sus memorias:

La Habana me causó una viva impresión; admiraba la dulzura del cielo, vestido en la púrpura del sol naciente; me encantaba la vegetación tropical; me parecía que ya había comido la piña, el mango y otros frutos que para mí eran nuevos; incluso pensaba que debería saborear el mejor tabaco del mundo, aunque jamás en mi vida había fumado un puro. Gracias a mi imaginación, todo parecía vivo y nuevo [...]⁴

Durante mis recorridos junto a Alexánder y Olga por el Centro Histórico habanero, ellos suelen sorprenderme con apreciaciones y puntos de vista que corroboran esa mirada singular. A los ojos de los rusos, La Habana revela matices insospechados. Y en el ejercicio de compartir la imagen de esta ciudad, complementándonos uno al otro con la visión de cada cual, ellos son más rusos moscovitas, y yo más cubano habanero. O lo que es mejor: ellos son más rusos cubanos y yo, más cubano ruso.

He ahí el puente que, como un arco voltaico, se propone este libro para con sus lectores potenciales: recapitular acerca de aquellos vínculos histórico-culturales que nos incitan a preguntarnos por la cercanía y contraste de nuestras respectivas idiosincrasias. Motivar a que predominen las semejanzas y languidezcan las discrepancias. Que seamos —en síntesis— más humanos.

José Martí dio el ejemplo en su exégesis de Vasili Vereschaguin, el “famoso pintor ruso que odia la guerra, y se empeña, pintando sus escenas, en que los hombres la odien”,⁵ como acertó en definirlo.

En una de sus mejores crónicas de arte, escrita para el periódico *La Nación*, de Buenos Aires, no solo reseña la exposición que el artista realizara en Nueva York, en 1888, sino

que escudriña su personalidad y la hiperboliza para sugerir esa esencia que, imposible de ser racionalizada, termina reconociéndose universalmente como el “alma rusa”.

Escribe el Apóstol de Cuba, siempre tomando como referencia a Vereschaguin:

El ruso renovará. Es niño patriarcal, piedra con sangre, ingenuo, sublime [...] Sabe amar y matar. Es un castillo, con barbas en las almenas y sierpes en los tajos, que tiene adentro una paloma. Debajo del frac, lleva la armadura [...] Es el hombre con pasión y color, con gruñidos y arrullos, con sinceridad y fuerza. Se mueve con pesadez bajo su capa francesa, como Hércules barbudo con ropas de niño [...]⁶

Pocos años después, ¿qué pensaría Antonio Maceo de aquellos rusos que, internados en la manigua cubana, se ofrecieron a combatir por la libertad de Cuba en uno de los momentos más difíciles de la guerra de independencia?

Piotr Streltsov, Evstafi Konstantinovich y Nikolái Meléntiev contactaron en Nueva York con la junta patriótica cubana y desembarcaron en la Isla en julio de 1896 junto a varios de sus miembros. Participaron en algunos combates en Pinar del Río, hasta que heridos y enfermos fueron capturados por el ejército español y devueltos a Rusia. Los detalles de su encuentro personal con el Titán de Bronce aparecen en los apuntes de campaña que uno de ellos publicara en el periódico *Viestnik Evropy (Mensajero de Europa)* bajo el título “Dos meses en la isla de Cuba”.

Aparece ese testimonio en *Diario de un mambí ruso* (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984), rescatado y traducido por Ángel García y Piotr Mironchuk, por cuya labor precursora merecen reconocimiento en todo sentido.

A esa y otras fuentes —raras, dispersas u olvidadas— han recurrido los autores de *Los rusos en Cuba* en lo que ha debido ser una tarea ímproba y, por momentos, farragosa. Hay, por supuesto, grandes vacíos en el siglo XX, que resultan explicables por la propia intención del libro de evitar al máximo las cuestiones políticas que harían su enfoque más complejo, cuando menos delicado, sin que a la postre lograra resolver ni aportar nada.

Como aclara el subtítulo, se trata solo de un compendio de “crónicas históricas, juicios y testimonios”, cuya intencionalidad está dictada por la responsabilidad que contraen los autores con “el aquí y el ahora”.

En todo caso, Alexánder y Olga han tenido a bien mezclarse con la gente de este país, vivir nuestra realidad por dentro, estudiar nuestra cultura y contribuir con su presencia a que nuestros lazos de amistad hayan reverdecido en época reciente.

Gestos como la erección de la Sacra Catedral Ortodoxa de Nuestra Señora de Kazán, consagrada el domingo 19 de octubre del 2008, en la ribera de la bahía habanera, convidan a una conexión genuina entre rusos y cubanos para trabajar en asuntos con un destino compartido, un destino como reconocimiento de que nuestros sinos están entretreídos...

“El ruso renovará [...]”, dijo Martí, afirmación que sabiamente ha sido escogida como exergo de este libro. Y al parafrasearla con el deseo raigal de que anime las páginas que siguen, me gustaría decir que sí, que ha renovado su mirada hacia esta Isla, con sinceridad y fuerza, como demuestran a diario Olga y Alexánder.

ARGEL CALCINES

Periodista y editor general
de la revista *Opus Habana*

Notas

1 Citado por A. Bushkov: *Rúskaya Amérika: Slava y pozor (América rusa: gloria y oprobio)*, San Petersburgo, 2009, p.8

2 *Cuba-URSS. Crónica*. Editoriales José Martí y Progreso. La Habana-Moscú, 1990, p.9.

3 *Ibíd.*, p.15.

4 *Ibíd.*, p.15.

5 José Martí: *Obras completas*. Tomo 23. Centro de Estudios Martianos. Colección digital, 2007, p. 227.

6 *Ibíd.*, tomo 15, p. 216.